

gano, dejando a medio consumir la taza del oloroso brebaje. Cuando más, se llevaba en los labios, golosa, las uvas de un pequeño racimo.

Levantados los manteles, y en tanto que Bringas se marchaba a sus negocios, dábase Sofía, a fuer de señora de casa, a ir de aquí para allá, a escudriñar todo, a dar órdenes y hacer observaciones a los criados. Por lo general, concluía dejando los asuntos domésticos en manos de éstos. Desde que la tía Amelia partió, la dirección de la casa estaba confiada a un ama de llaves vieja y regañona. La joven esposa prefería el tocador y la calle. Por la mañana se dedicaba a compras; tenía verdadero furor de comprar. Por la tarde, a visitas y *flaneo*. Rara vez salía de noche. El teatro le interesaba poco; y no se diga los conciertos, pues que de música no entendía palabra.—Cuando el sol calentaba un poquito, o sea por el filo de las once, ya la aguardaba el coche a la puerta. Subía a él casi siempre sola; y allá iba la antigua empleada, la muchacha ansiosa de vivir, de gozar, de alzarse del nivel de su clase, por las dilatadas avenidas envueltas en claridad de oro; sintiendo un agrado, una placidez tales, en su mullido rincón, al verse suavemente arrastrada por el tronco de retintos, que entreabría los rojos labios para sorber el aire puro, y cerraba los párpados, con calmoso deleite...

Julia se quedaba sola, en tanto. Era la hora en que, después de realizadas las faenas caseras, a las cuales fué en toda ocasión aficionadísima—singularmente a macetas y pájaros, que cuidaba como a las niñas de sus ojos—, encerrábase en la sala para tocar. El estudio de la música constituía para aquella naturaleza hermética algo más que una delicia: una pasión. Ella que expresaba poco, que hablaba poco, pero que mucho sentía, encontraba en el

piano al interlocutor ideal. El comercio entre ambos no era de palabras; no requería la gimnasia enojosa del gesto: traducíase en sonidos y en ritmos; representaba el lenguaje arcano de un mundo ultraterrenal en el que las humanas pasiones hallan un molde artístico, ajeno a las miserias de aquí abajo; en el que las tempestades se convierten en melodías, como las ternuras; en el que el dolor suele contenerse en vagas sonoridades misteriosas, para no herir como zarpazo, y penetra en las almas saturándolas de la divina embriaguez del filtro de Tristán. Julia Bringas sentía la música hondamente. A falta de palabras era ella su expresión. Se echaba confiada en el mar inmenso, tan presto tranquilo, con languideces de lago ceruleo, tan presto encrespado y rugiente, de Beethoven. Le gustaba menos la letárgica ambrosía de Chopin. Prefería el secreteo íntimo, maravillosamente insinuante y colorido, de la música de Roberto Schumann. De sus favoritos era Mendelssohn, árbitro de elegancias. Cultivaba las miniaturas encantadoras de Liszt; y no se detenía, en su afán de conocerlo todo, de admirarlo todo, hasta llegar a las páginas de raro impresionismo de Claudio Debussy y de los rusos.

Compartía Julia este ejercicio con el de la botánica. Había en ella una extraña conjunción de mujer artista y de mujer amante de la verdad misericordiosa de la ciencia. Y tanto le interesaba una bella melodía, como el vivir obscuro, recóndito, de los pequeños organismos vegetales.—Entre la música y la botánica, pues—tenía un precioso herbario—, hubo de ocupar los ratos que le dejaba libre su amor, desde que murió su madre.

Primitivamente, cuando su sereno dolor de hija única consagrada a la religión de la ausen-

te se vió ofendido por la presencia de la intrusa, hubo de aspirar a la práctica del magisterio, del que se apartara al obtener el título de maestra.—Visitó, en cierta ocasión, un jardín de niños. Su genio amoroso, instintivamente materno, conmoviase al ver las turbas de chiquitines que despertaban a la vida bajo la atención vigilante de la ciencia. Eran rubios y morenos, los había bien vestiditos y pobres; pero todos aparecían infinitamente bellos, con la belleza de la infancia, igualitaria y piadosa, que no ha sido deformada aún por la angustia del vivir. Veíalos con su paso inseguro, con su carita seria de bebés, entrar en el salón de juegos, al son de la marcha graciosa ejecutada en el piano. Al frente iba la joven educadora, llevando el compás. Añiñada sonrisa lucía en sus labios; y, en torno de su cabeza juvenil, vió Julia —más con los ojos del alma que con los del cuerpo—, una radiosa aureola: la que rodea a esas animosas muchachas, alegres sembradoras de bien, que, sin ser madres, llevan en su corazón de vírgenes la virtud santa de aquéllas.—«Quietos... Quietecitos...—decía la maestra, imitando en su lenguaje la graciosa habla de los niños—. A ver... Vamos a cantar ahora el coro de *El Invierno*... Pero todos lo harán bien, ¿verdad?»—«¡Sí, señorita!»—respondían los chichelos.

Al despedirse, explicó Julia a la directora, con breve palabra emocionada, la impresión que su estancia en aquella bienaventurada casa le había producido.—«¡Oh, señorita! Es un mundo nuevo, que yo no conocía... ¡Y tan hermoso!»— La directora era una mujer como de cuarenta años. Tenía los ojos negros y húmedos; ojos reveladores de inteligencia y de ternura.—«Venga usted seguido por aquí, Julia... No hay que olvidar a las antiguas maestras...

Los niños son como las plantas, y el auxilio de un botánico nos resultaría excelente.»

Mas no realizó Julia Bringas su piadoso ensueño de enseñar, de despertar almas. Su padre, terminantemente, se opuso. ¿No era rica? ¿Le faltaba algo? En las entendederas de don Miguel no cabía semejante prurito pedagógico.—Tropezó, además, con la renuncia decidida de Jorge. ¡Ser maestra no tenía nada de *chic*; sobre todo en vísperas de casarse!

XI

Cierto que el tal matrimonio, aun para la misma Julia, que como mujer mexicana era santa en la religión de la espera, se antojaba, por aquel entonces, asaz problemático y remoto. El joven abogado, que siempre hablaba de negocios cuantiosos, no había hecho ninguno. Se dejaba arrastrar por la vida con molicie y dejadez orientales. Amén de la literatura, en la que no se desdeñara de practicar algunos escarceos, preocupábale ahora la política. Seguía con interés el desarrollo de la revolución que Madero acaudillaba en el Norte. Dos meses habían pasado. Corría el de febrero de 1911, y lo que en un principio se creyó asonada fácil de sofocar, amenazaba ser incendio que lo conflagraría todo, dando al traste con el Gobierno de la República. Todo esfuerzo militar había resultado vano. Batallones y batallones marchaban a la frontera; no tantos cuantos el Gobierno hubiese necesitado para intentar siquiera el aniquilamiento militar de la revolución. Acusábase al ministro González Cosío de perezoso e

inepto. En tanto, el movimiento tuvo eco en el Sur...

Jorge Bazán, con el admirable olfato que había heredado de su padre —el amigo de Iglesias—, comprendió que la administración porfirista se venía abajo. Con agudo instinto dejó de frecuentar los círculos donde se hacía política gobiernista, ya que inútil era pretender adeshalas. Apartóse, como de la peste, de los aristocráticos salones donde la figura histórica del presidente era punto menos que intocable. Empezó a relacionarse con determinados grupos antigobiernistas. En el recinto de su casa, bajo el cuidado vigilante de Ochoa, se encerró. Él, que antes sólo leía novelas y versos, se metió hasta el cuello en el estudio de la Historia de México; devoró la de la Revolución Francesa, de Thiers; entre bostezos, repasó la Constitución del 57.— Una voz secreta le decía: «Tú no has hecho nada en el foro; nada has conseguido en la literatura... ¡Cuélate en la política, ahora que es tiempo! No creas en esas majaderías que circulan por ahí de que la política es función de hombres mediocres; de mentecatos buenos para nada que, no pudiendo aspirar a las altas posiciones por falta de méritos o sobra de lacras, se convierten el día menos pensado en salvadores de la patria... ¡Cuélate, hijo, cuélate; no vaciles; abajo los escrúpulos!»

Tres días después, Jorge Bazán comenzaba a admitir que no era remoto que en México renaciesen Dantones y Robespierres... —¡Y acaso, acaso, bien pudiera ser él uno de ellos; quién dice que no! La cosa pública andaba muy mal. Todo estaba pésimamente organizado. ¡Menester era componerlo, qué caray!

A las dos semanas el hombre estaba hecho un revolucionario feroz.

Esto no gustaba a Julia. Su educación; su concepto —infundido por el sabio maestro que tuvo en la Normal—, de que las revoluciones no modifican el alma de los pueblos, sino que éstos marchan por sus pasos contados, merced a lento evolucionar, hacia su total perfeccionamiento; y, principalmente, su mansedumbre y dulzura, que repugnaban con el espectáculo de la sangre, la hacían ver, si no con énojo, sí con tristeza, el nuevo derrotero que tomaban las inclinaciones de su novio. Una vez, durante la nocturna entrevista que a diario tenían en el balcón, observó con pena que el joven, contra lo acostumbrado, apenas si paraba mientes en las íntimas cosas de su amor. La política le había volado los cascos. Sólo de política hablaba. Y él, en otro tiempo tan ponderado, sufría ahora una notable transformación: ganaba en apasionamiento ciego y en ordinariéz de lenguaje lo que había perdido en ecuanimidad y buen gusto.

Le vió ir por la acera de aquella familiar y simpática calle del Sabino, no bien abandonó él la reja, jubiloso y bullanguero. Maldita la mella que le hicieran sus reproches de mujer enamorada que siente de pronto el aletazo cruel de un futuro abandono. Su silueta acercábase a la esquina. Hacía molinete con el bastón y tras de sí dejaba bocanadas de humo del cigarro, que en nítidas vedijas flotantes Julia alcanzaba a percibir, bajo la claridad radiosa del globo eléctrico.—«¡Poco me quiere ya!... —pensó—. ¡Bien se conoce que algo le importa más en el mundo de lo que yo le importo!»

—¿Qué tienes? —dijole Sofia, la cual hubo de entrar poco después en la sala, y se sorprendió de verla en el sofá, con los codos sobre de las rodillas, el rostro oprimido por las manos, en actitud de silenciosa angustia.

Y charlaron. Julia no le confesó todo; pero sí algo. Entre las dos, a la vuelta de los primeros meses del matrimonio, una suerte de semi-confianza amable se había establecido. Despertóla el afán de Sofía por ser grata a su hijastra. Quería, a toda costa, conquistársela. Jamás la contrariaba. Su política en el hogar —aun siendo ella frívola, caprichosa, añiñada—, por lo prudente, más que de señora de veinticinco, de cuarentona parecía.—Y como nadie le ganaba a la hija de don Miguel en punto a discreción y buen tino, de ahí que las relaciones entre ambas, sin llegar a ser íntimas en absoluto, sí tuviesen un cariz de cordialidad y finura indudables, con el cual mostrábase embelesado el amo de la casa.

—¡Apriétale las clavijas, mujer!—afirmó Sofía—. No te dejes. A los hombres hay que ensillarlos, como dice mi madre... Y tiene razón. Porque, si no, la ensillan a una... ¿Que se manifiesta frío? Pues tú ponte como de hielo. ¿Que no te habla? Pues afianzas un candado a tu boca. ¿Que te dice que la revolución, y que la política, y que esto, y que lo otro, sin cuidarse de lo que a ti te interesa? Pues tú le cuentas historias de las musarañas y de la luna...

Había aparecido ésta en aquel instante, bogando en el cielo de febrero, que por lo azul se creería de primavera. Su argentada claridad se tamizaba a través de los ramajes secos de los fresnos que frente a la casa de los Bringas alzaban sus troncos corpulentos.—Y Julia escuchaba a Sofía—¡mentira parece!—sintiendo que algo la fortalecía interiormente y vigorizaba la energía que poco antes creyera le faltó. Habíanse refugiado las dos en el balcón, y gozaban de la amenidad de la calle quieta, tan en contraste con las alborotadas sensaciones que en el alma de la prometida se sucedían.

—¡Nada!—continuó Sofía—. ¡Mucho valor! ¡Muchos pantalones y duro con él! Pues ¿qué se está creyendo? Bastante has hecho con esperarle a que se case; lo cual, por la enorme prisa que se le echa de ver, ocurrirá el día del Juicio...

—Él me asegura que será pronto—arguyó Julia, saliendo instintivamente a la defensa del novio, con tanta rudeza atacado entonces por la linda madrastra—. Sostiene que para eso se mete en política... para ganar dinero... ¡Como si yo le pidiera un palacio, y no estuviese dispuesta a vivir de cualquier modo, en un cuartito, en una choza!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!—atajóla Sofía, riendo—. ¡Ya salió el romanticismo! ¡Qué choza ni qué ojo de hacha! Casita muy lujosa y muy mona debe ser, como corresponde a una señorita de tu clase... ¡Oh, qué bien se conoce, Julia, qué ignoras la pobreza! Es horrible, hija mía; y no hay amor en el mundo, ni el de Romeo, ni el de ese Caballero des Grieux que vimos en la ópera de anoche, capaz de resistirla... Se acabaron aquellos tiempos de contigo pan y cebolla. ¡Nada! Ahora preferimos las almejas, los espárragos, las cosas buenas...

—¡Qué ideas tienes, Sofía!—acentuó la Dulcinea, riendo a su pesar del agudo oportunismo de su interlocutora.

—¡Claro, hija! ¡Como que no en vano sé lo que es la lucha por la vida!... Pero, ahora, ya verás qué bien me encargo de poner derecho a ese caballerito que no ha reparado en que el tesoro que tiene no se lo merece...

Efectivamente, desde aquel día tomó por su cuenta el patrocinio de tales amores. Su natural chancero y fácil, que traía loco al buen don Miguel, conquistaba de antemano la simpatía de Jorge. Algunos puntos de contacto existían entre los dos, que ya habían realizado el mila-

gro de que «suegra» y «yerno» fuesen de antemano los mejores amigos del mundo. Jorge la tuteaba y frecuentemente le traía bombones. Solía, en ausencia de don Miguel, acompañarlas al teatro. Sofia quiso «entrar en sociedad»; y como el hijo del difunto ministro se hallaba bien relacionado, pronto logró introducirla, juntamente con Bringas y su hija, en las más ponderadas y ricas casas de México, de muchas de las cuales se había Bazán apartado... por compromisos políticos.

Mientras don Miguel Bringas sudaba el quilo en el almacén, tratando granos y descontando pagarés, el terceto pasábase regaladísima vida. No era ésta, sin embargo, del agrado de Julia. Prefería la doncella su quietud de antaño. Mas, por complacer a Sofia y tener contento a Jorge, los acompañaba al tedioso paseo de San Francisco, por las tardes; al aeródromo de Balbuena, donde Rolland Garros hacía mil proezas, los domingos; y tres días por lo menos de cada semana a las aburridas tertulias de sociedad, en las que se bebía té y se contaban simplezas.

Precisamente las susodichas tertulias fueron parte a que Sofia Lavín, que tan dichosa pasó los primeros cinco meses de su matrimonio, empezara, al mediar el sexto, a sentirse incómoda en su holgada posición. De la pobreza había pasado al bienestar, con la naturalidad con que se pasa de una calle sucia al portal de una mansión elegante. Estaba destinada a eso; había nacido para eso. Todas las ambiciones que durante su larga vida incubó doña Eduvigis; todos los apetitos de engrandecimiento y medro que en treinta y pico de años de potro oficinesco alentó, azuzado por su mujer, don Jacobo Lavín, soñándose ministro a la mañana siguiente, se sumaban en la primogénita, con una agravante: la de que tenía un instintivo

buen gusto que propendía, en ella, al mundano brillo. No había traje que se pusiera, ni joya que ostentase, ni sombrero que eligiera, en los cuales dejase de revelar un sentimiento tan refinado de la elegancia, que cualquiera suponría que se trataba de la hija de un magnate, antes que en la antigua taquígrafa cuya cuna se mecía al amparo de las decenas de un empleadete de Gobernación.

Así, pues, lo que en un principio se le antojó suntuoso, parecíale ahora mediocre; y lo que mediocre fué, lo tildaba de ridículo. Paseó su gentil cuerpo por los salones de la pseudoaristocracia; supo del *flirt*; acostumbráronse sus espléndidos ojos negros a posarse sobre de los ricos muebles, los buenos tapices y las lucidas chucherías de arte que en sus andanzas sociales hallaba. Y abominó entonces de su calmoso bienestar. No acertaba a remediar que la casona de la calle del Sabino le chocase. Era enorme y cursi, con su patio a la mexicana, lleno de flores y pájaros; con sus habitaciones amuebladas conforme al gusto de doña Engracia, que debía de haber sido muy medianito el pobre. No; ella no quería eso. Lo que quería era lujo.—No ciertamente el lujo que, «muy intensificado, constituye una obra de arte de las más difíciles de realizar» — según había leído en una novela reciente que le prestó Jorge—; sino el otro, el que estaba al alcance de su vista, recargado y costoso. Soñaba con que un criado de frac y guante blanco sirviera la mesa. Placíale pensar que era dueña de una casita rumbosa, a la europea, con *hall* y jardín, sin la vulgaridad indígena, en alguno de los barrios aristocráticos. — Sobre todo, ¿cómo era posible que ella anduviese en sociedad, y se tratara con diplomáticos y ministros, si no tenía donde recibirlos?

Los desaires que le corrieron cierta ocasión en que organizó un té en su domicilio, fueron bastantes para determinarla a poner en práctica lo que su cerebro de pajarillo ya había concebido. Sondeó a don Miguel. Evitó, cuidadosamente, que Julia trasluciese sus manejos. Y se armó de todos sus encantos para dar el asalto definitivo una noche en que el buen señor se entretenía en la cama echando un vistazo a la prensa del día, antes de dormirse.

—Miguel... Miguelito... ¿Me quieres mucho, verdad?... ¡Ay! Yo adoro a mi «viejito», tan gallardo y tan guapo... Yo me lo como a besos porque sus patillitas me vuelven loca... ¡Si parece un general retirado! ¿Quién te hizo tan querido de tu mujer, minino, rico mío, alma de mi alma, mi vida?... *(Silencio. Ella observa, risueña, el efecto que producen en el bienaventurado señor tan efusivos arrumacos. Luego, decidiéndose:)* ¿Serías capaz, Miguelito mío, de concederme una cosa que voy a pedirte?... Una cosa grande... muy grande... muy grande...

—¡Eh, ya pareció el peine, mi reinal—observa el viejo, que siente derretirse al contacto de aquella mirada de fuego—. ¿Puede saberse de qué se trata? Porque, cuando me lo pides con tantas ceremonias, algo enorme debe de ser...

Y Sofía soltó lo que de tantos días atrás se guardaba. Bringas la miró con espanto. ¡Una casa! ¡Mayor servidumbre! ¡Automóviles! ¡La sociedad!... —¡Pues qué!, ¿no estaba contenta con lo que tenía? ¿Algo importante le faltaba? Un lujo exagerado les conduciría a la ruina. El capital no daba para tanto. Además... los negocios...

Sofía metióse en explicaciones sin cuento. Rogó, lloró, besó... ¡Qué linda estaba, medio

desnuda, haciendo aquellos pucheritos que la asemejaban a chicuela que pide un juguete!

Al fin don Miguel Bringas, vencido, prometió. ¡Harto sabía ella que cumpliría!

XII

De mucha apariencia, bien que de escaso fondo, era la mansión con la cual, poquísimo tiempo más tarde, realizaba Sofía el más caro de sus sueños — entendiéndose lo de «caro» en ambas acepciones—. Ocupaba un pequeño e irregular espacio de terreno en la esquina de las calles de Versalles y Atenas. La presuntuosa fachada de cantería bermeja y gris; el jardinillo, limitado por una verja, al fondo del cual se elevaba la escalinata que a la puerta de entrada del *hall* conducía; las ventanas de los pisos alto y bajo, a través de cuyos cristales se vislumbraban desde afuera sendos cortinajes; la ancha puerta cochera, que a Versalles daba, haciendo suponer que los allí domiciliados disponían de tren fastuoso; y, más que todo, su situación misma, en el corazón del México aristocrático, a un paso de la Reforma, hacían de la morada de los Bringas una de esas que, vistas por el exterior, se antojan enormes; por más que, ya dentro, el concepto que de ellas se tenga varíe por manera radical.

Hábíala comprado don Miguel en un raptó de erótico entusiasmo. Consideró que, a la par que hacía brillante negocio, asentaba sobre de bases incommovibles el edificio de su amor. Ochenta mil duros le costaba el regalo. Dos noches pasó en vela, con la cabeza hecha un baturrillo, antes de decidirse. En sueños creía

escuchar la voz preñada de reproches de doña Engracia, echándole en cara que comprometiese, con la inversión fortísima que reclamaba tan inútil inmueble, el futuro bienestar de la hija única. Pero los besos de Sofía, al despertar, borrraban de su mente toda cavilación.

Cuando, firmadas ya las escrituras, llevó a su mujer y a su hija a que conocieran la flamante propiedad, el hombre era otro. Juntamente con la sensación indefinible de orgullo que le embargaba, por haber satisfecho un capricho casi fantástico de la adorada, llenábale un sentimiento de pasmo al considerar que vaciló en la realización de aquel negocio que, ya hecho, suponía pingüe. Disculpábase, por lo demás. ¿Quién asegura que Napoleón no haya titubeado la víspera de Austerlitz?

Y nada menos que por un Napoleón en las finanzas se tenía don Miguel Bringas desde que las segundas nupcias hicieron surgir en su cansado organismo el vigor y la alegría de una nueva juventud. Sorprendíanle ahora su osadía y su arrojo, sumados a la convicción propia de su perspicacia. Abrigaba la idea confusa de que doña Engracia había sido para él, en vida, algo así como un freno que le impidió lanzarse en el campo abierto de las especulaciones atrevidas a que estaba avocado. Y mirando largamente a la morena de espléndidos ojos, por las noches, al cabo de las amorosas faenas; cuando, rendido de fatiga, del raptó erótico volvía a la para él eterna realidad mercantil de las cosas, solía decirse: —«Tú eres mi mascota, hija! ¡Contigo voy rumbo al millón o rumbo al desastre! ¡Dios proveerá!»

Mientras Sofía hizo mil carantoñas, vuelta loca con la hermosura de la casa, cuyas vacías estancias recorría a saltitos, como gorrion traviés, Julia guardó una actitud meditabunda

de plena reserva, que trajo a la memoria del papá, por extraña similitud, el ya vago recuerdo de la muerta. Nada dijo. Ni aplaudió, ni censuró. Con el corazón en un puño hubo de abandonar más tarde la vieja casa del Sabino; aquella donde corrieron, tranquilos y sosegados, los postreros años de la adolescencia.—Allá quedaba el florido patio, donde, paseando abstraída en las mañanas claras, descifró ella la verdad en los primeros libros. Allá la dilatada alcoba donde la santa mujer expiró. Allá la reja, testigo de su único amor, junto a la cual, pensativa, oyó las tiernas palabras temblorosas, cuando el claro de luna argentaba los fresnos...—¡Y lo peor fué que, aparte de los pájaros y del piano, no la dejaron sacar nada! Los muebles entraron al remate, como si estuviesen apestados. A nuevo cuerpo, nueva vestidura...

¡Y qué suntuosa! Mosler aderezó el palacete con un arte... verdaderamente comercial. ¡Claro que a don Miguel le costaba un ojo de la cara! Pero, una vez lanzado, ojos no tuvo para ver; lo que le faltó fueron manos, de tanto como se las llevó al bolsillo, al presentarse factura tras factura. El buen señor estaba endiosado. Acordábase del ruin mueblaje de su «agujero» de Lagos, y gana le entraba de reír pensando en lo tacaña que era la pobrecilla de Engracia. Recorría una a una las habitaciones de la ostentosa morada, en compañía de su mujer, escuchando con alborozo los gritos de arrobo que ella profería.

Primoroso estaba el comedor, con su ajuar de caoba, del más puro Inglés. Lindísimas las alcobas: la de Julia, modestita, amueblada a la americana, con piezas de «ojo de pájaro», y tapizada de gris perla; la del matrimonio, soberbia.—Luis XVI—, con un guardarropa de lunas biseladas ante el cual se quedaría turulata la

mismísima María Antonieta, y alfombra, cortinas y tapetes en los que graciosamente se combinaban los colores blanco y azul pálido. —¿Y qué decir de la sala, de la sala inmensa, —cuyos tres balcones daban, por desgracia, a la triste calle de Atenas—, en la que el Luis XV esparcía los oros profusamente; con su techo estucado que resplandecía de luz; sus vitrinas, pobres aún de chucherías valiosas, sus cuadros y estatuillas innúmeros, las esbeltas palmas luciendo en tibores aquí y allá, majestuosas las cortinas de *peluche* rosa, mullida la alfombra de tonos ligeros, y en un rincón, a la manera de un rey dormido, el admirable *Steinway* de cola!—Lo único que hacía torcer el gesto a Sofía eran las disposiciones del ingeniero: ¡Qué ocurrencia la de haber puesto las caballerizas en Versalles y el salón en Atenas!

Asistía Julia a semejante baraúnda en silencio. Nada quiso. Nada pidió. Tan sólo se atrevió a reclamar que le dejaran un cuartito perdido en las azoteas, desde el cual se disfrutaba de bello panorama. Allá subió su añoso y querido piano, su caballete, su herbario, sus libros que acomodó en esbeltas estanterías, y un modesto ajuar.

Tampoco para sí deseaba cosa alguna don Miguel. Pero su mujer se las compuso para arreglarle un despacho *chic*, con anchas otomanas, librerías sin libros, máquina de escribir, escritorio «de cortina», y una lámpara pompeyana que se daba de moquetes con el estilo—sí estilo puede llamarse—de tales muebles. «¡Pues no faltaba más que el amo de la casa no tuviera su «oficina particular»!—clamaba la guapa señora, muerta de gusto.

Y aun no perdía la casa su penetrante olor a barniz y el no menos obstinado tufillo de cajas de empaque que la llenaba, cuando el aristo-

crático té, con tanta pertinacia suspirado por el ama, se verificó, el primer jueves de mayo.

A las cinco y media apenas habían llegado las Alcaláes y el senador don Manuel Ondarza y Perrín. Los recibió Sofía con amabilidad un tanto afectada que distaba algo del *laisser aller* usado en la casa de la calle del Sabino. Vestía un joyante atavío de color violeta pálido que sentaba muy bien a su talle provocativo, a su tez morena, a sus lindos ojos.

Quiso doña Lola Alcalá conocer la casa. Sofía, que rabiaba porque tal curiosidad se manifestara, aprestóse a conducir a los presentes, ayudada por Julia.—Doña Lola prodigaba grititos aflautados al discurrir de pieza en pieza, y no dejaban de hacerle coro sus anémicas hijas.

—¡Oh!... ¡Ay!... ¡Ah!... ¡Pero si qué precioso, Sofía! ¡Te has lucido! Mejor dicho: se luce tu marido...—Y la enclenque señora— que por las amarilleces que rebrillaban en sus sienas, hacia la raíz del cabello, acusaba pintárselo— pensó para sus adentros que de lucirse no sería capaz el sandio de su marido. Desde que regresaron de Europa, donde el coronel tuvo una comisión militar por largos años en Saint-Chaumont, estaban en desgracia. A don Pedro le habían nombrado presidente de un Consejo de Guerra, ¡y gracias!—¿Ya ves, Elisa? Así se ponen las casas... Para cuando se te ofrezca, hija...

—No ha de ser muy pronto, mamá..., por las trazas que lleva...—suspiró la palidita de pupilas grises, acordándose de su novio, que era el duodécimo desde que arribaron a México: un zascandil con el que tropezó en un cinematógrafo de la Avenida de San Francisco, quien tenía más corbatas que tostones.

Ondarza y Perrín, entretanto, con aires de